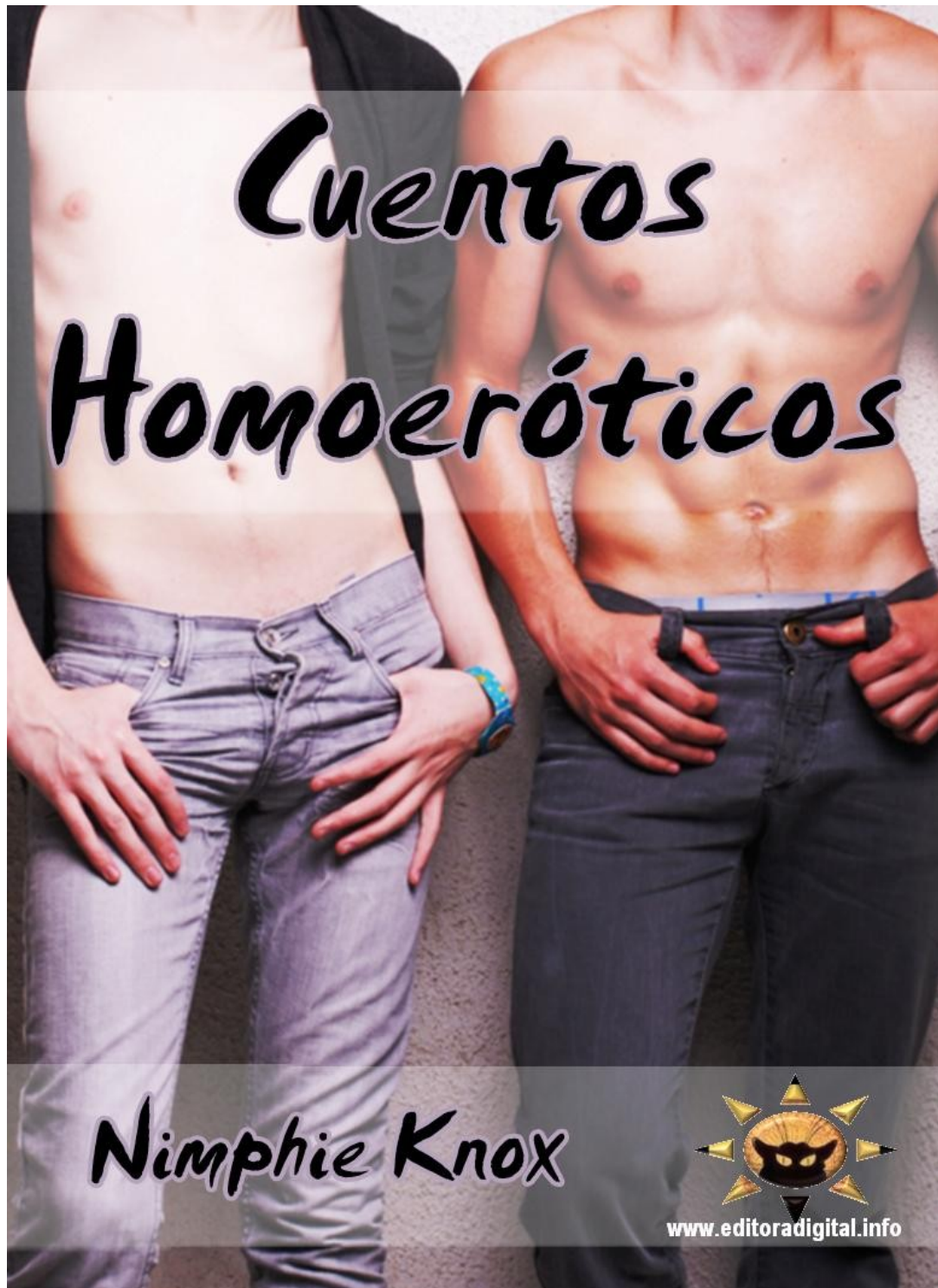


NIMPHIE KNOX
CUENTOS HOMÓERÓTICOS

Encaje blanco



Nimphie Knox



www.editoradigital.info

© Edición: agosto 2009

Editora Digital



Encaje Blanco

Cuento completo

Había revisado el baúl una y otra vez en busca de algo que me otorgara un consuelo momentáneo, un alivio falso, un suspiro. No había nada. Ni siquiera un cigarrillo miserable que pudiese fumar, inhalando profundo, engañando el estómago. No quería beber el brandy. Tampoco tenía nada qué comer y tendría que esperar hasta que llegara la mañana para poder salir de esa habitación horrenda e ir en busca de alguna taberna donde saciar el hambre y ahogar la sed. Hacía no menos de dos horas había estallado la revolución y los presos y anarquistas corrían por las callejuelas vociferando e incendiando los bancos, los edificios del gobierno y las viviendas de los lores. Yo era un simple empleado rural, había llegado en busca de un mejor trabajo y a mi llegada me había recibido una ciudad en llamas. ¿Por qué mierda había abandonado el campo? Maldije mi suerte, acongojado, y me dispuse a conciliar un sueño agitado.

—*Monsieur...* se ha quedado dormido con la vela encendida —susurró una voz suave. Entreabrí los ojos y me encontré con un jovencito varios años menor que yo. Tal vez tendría dieciséis o diecisiete. Me miraba, preocupado, y sostenía entre sus manos blancas la palmatoria oxidada de la única fuente de luz que reinaba en la



habitación—. No hay más habitaciones... *monsieur* Sorcier me dijo que podría pasar la noche aquí, pero...

—Está bien —le detuve, porque sólo deseaba dormir—. Me advirtió que podría tener un compañero de cuarto.

El chico sonrió aliviado.

—*Merci* —agradeció, inclinando la cabeza. Dejó la vela sobre la desvencijada mesita de madera y se dejó caer sobre el lecho vacío. Entonces pude verle mejor. Sus ojos eran claros y se veían como diamantes redondos al ser atravesados por la luz de la llama. Estaba turbado, pude apreciar. En su frente satinada brillaban las gotas de sudor que revelaban una posible huida de los malhechores. Y me fijé en su atuendo. Vestía exquisitamente, pero sin saber cómo o porqué, supe que lucía algo extraño.

Yo aún estaba somnoliento cuando el chico, luego de quitarse su saquito de paño azul, deshizo los lazos de su camisa blanca, tiró de la cinta que sujetaba su pelo, y una melena de ondas doradas se desparró lujuriosamente sobre su espalda blanca y sus hombros lechosos como un gran aluvión. Parpadeé, algo contrariado; la luz me hería las retinas.

—¿Qué te ha sucedido en la espalda? —pregunté, observando las heridas. El chico se sobresaltó y me miró, con un poco de temor. Seguí observándole. Me puse de pie. Ahora sí sabía lo que estaba mal y él intentó ocultarlo. Tras el paño azul del saquito se escondía tímidamente el encaje blanco de unas medias femeninas. Le tomé del brazo con fuerza y él sollozó. Por un momento pensé que se trataba de una mujer, alguna de las doncellas de las casas de los lores, a la deriva al ver a sus señores morir en manos de los rebeldes. Pero yo estaba equivocado y la doncella de las medias de encaje era un



jovencito pálido y asustado. Me dejé caer sobre el lecho—. *Mon Dieu... Tú...*

Suplicó que lo dejara en paz. Gritó que lo dejara dormir, por favor, por favor. Que estaba harto de esa vida sucia y miserable y se preguntaba por qué mierda no se había muerto de tuberculosis como su hermana, que había sufrido su misma suerte. Se me antojó una criaturita frágil y delicada, una figura andrógina y de belleza deslumbrante, como la Venus de Botticelli, con su cabello rubio y sus ojos como piedras preciosas.

A mis veintiún años yo tenía casi claro, diría, mis gustos predeterminados por mi sexo, pero aquella semi desnudez de nácar, que había confundido con la de una mujer, más terrible que la desnudez consumada, se me hacía inusitadamente apetecible.

Lo contemplé, boquiabierto, mientras se colocaba un camisón de color rosa pálido con corte imperio que me pareció encantador. Estaba claro que había sido diseñado para una joven y las dos pinzas hechas para armonizar el busto se veían inutilizadas. Él las contempló, con los ojos turquesa perdidos en la profundidad de un anhelo imposible.

—Ya eres bonito sin ellas —le dije, de repente, sin pensar—. Y he conocido mujeres de pechos enormes, tan horribles como cabras viejas. —Mis palabras le hicieron gracia y sus pequeños hombros se sacudieron en medio de una risita cristalina y aguda, digna de él y sus medias con encaje blanco.

Me miró, algo avergonzado.

—¿De verdad te parezco... bonito? —me preguntó, con la voz quebrada. Completamente seguro le respondí que sí. Él sonrió y una única lágrima de plata atravesó su mejilla y cayó sobre la seda del

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

